GABRIEL ZAID

EL MODELO TIBETANO

Los encargados de cuidar el empleo tienen razón cuando subrayan el costo humano, social, económico y político del desempleo; el desperdicio de que los recursos disponibles no produzcan. Los encargados de cuidar la inflación tienen razón cuando subrayan que el déficit, las devaluaciones, los aumentos de salarios y de tasas de interés no sólo son efecto de la inflación sino causa de más inflación.

Tienen razón hasta cuando se ponen patéticos y afirman que lo suyo es de cuidado extremo. No cuidar el empleo puede acabar con el país. No cuidar la inflación puede acabar con el país.

En términos generales o absolutos (que son los más comunes), no hay mucho que discutir. Lo verdaderamente discutible es qué porcentaje de un mal es preferible a qué porcentaje del otro, y hasta dónde es tolerable llegar. La cuestión es tan difícil que, para evadirla, unos y otros prefieren remontarse al desacuerdo de principio: en términos generales o absolutos. Curiosamente, al hacerlo, giran en torno de un acuerdo: que la demanda importante para el empleo y la inflación es la demanda interna. Comparten un modelo tibetano del México ideal.

En el modelo tibetano, no hay oportunidades externas. El exterior es un peligro: la pérdida del ser. México debe concentrarse mentalmente, físicamente, financieramente, en las alturas centrales: en "el ombligo de la luna" que es el nombre y destino de la ciudad que ha dado nombre y destino al país. La vida mexicana, la economía mexicana, miran hacia dentro: se demoran en la contemplación del ombligo de la luna que es el ombligo del país y el ombligo del mundo. Ver más allá es distracción, perdición, malinchismo, negación de la propia entraña. Hay que ser dignos: ignorar la realidad externa. Y, si no hay más remedio, hay que exigirle a la realidad externa que se porte civilizadamente: como si no existiera.

No faltan claudicantes dispuestos a entregar el ombligo. Pero los mejores mexicanos se remontan a los Himalaya, donde discuten cuál principio es más nacionalista:

1. La realidad externa no existe.
2. La realidad externa debe ser abolida.

En el modelo tibetano, las fantasías del narcisismo herido argumentan unas contra otras, pero eso es preferible a la realidad externa. Las fantasías pueden ser mágicas, como en el testimonio del presidente López Portillo que, al darle la mano al presidente Carter, sintió que descargaba en él su aura: "Sentí que me lo chingué", confesó modestamente. También pueden ser paranoicas y hasta fálicas: cualquier contacto externo llega a ser visto como "penetración", palabra que se repite obsesivamente. Así, el laberinto de la soledad, en el cual los hijos de la Malinche son los que se rajan, se dejan penetrar, se abren al exterior, conduce a la economía cerrada y al machismo que le pone candados de castidad.

En la economía tibetana, exportar no es una conquista de mercados extranjeros, es una degradante sumisión al extranjero: es una especie de prostitución, que se persigue de oficio. La persecución empieza por el desprecio: no eres capaz, nunca serás capaz. Continúa por la circunscripción de zonas rojas, sumamente vigiladas, donde se tolera, pero se reglamenta, lo inevitable. El desenfreno se limita imponiendo precios internacionales elevados, a través de impuestos a la exportación y una paridad que es un impuesto a la exportación. Cuando, a pesar de todo, prospera la zona roja, se empuña el garrote arguyendo el desabasto.

Lo más chistoso de la teoría del desabasto es el humor involuntario. Dice con toda seriedad lo mismo que el de las manzanas: ...es que si las vendo todas, después ¿qué vendo? Los que arguyen en favor de crear demanda interna para crear empleos, también arguyen que si exportáramos, la producción sería insuficiente y nos veríamos en el serio peligro de tener que crear empleos...

A su vez, los que cuidan la inflación, sienten que las medidas para fomentar la exportación no son "su boleto". A ver cómo le hacen los empresarios y las autoridades de comercio para vender subiendo constantemente los precios internacionales, porque no hay que devaluar: alimenta la inflación. No me pregunten cómo va a estar la paridad en los próximos años (que es el ciclo necesario para invertir en proyectos de exportación). Lo único previsible es que no cuidaré los precios del exterior: yo cuido los del interior.

El modelo tibetano

En el modelo tibetano, la demanda externa no existe o debe ser abolida de la política económica. En una coyuntura insólita y favorable para México, el presidente Reagan se lanzó al crecimiento deficitario: a importar como nunca. La demanda norteamericana actuó como motor de la recuperación europea, fue la oportunidad del siglo aprovechada por Corea para seguir los pasos de Japón. Pasó de noche para México. Como se sabe, las exportaciones mexicanas no se producen en función de la demanda externa, sino de la interna: son las sobritas que no tienen demanda en el país.

Arguyendo como si no existiera más que la demanda interna, se llega a un tironeo paralizante: o reducir la demanda interna para bajar el déficit y la inflación, a costa del crecimiento y el empleo; o crear demanda interna para aumentar el empleo y crecer, a costa del déficit y la inflación. La disyuntiva es falsa: da por supuesto un país incomunicado en las alturas del Tibet. Se puede reducir la demanda interna, sin dejar de crecer: creando empleos exportadores. Pero esta salida es impensable en el modelo tibetano.

Tradicionalmente, el crecimiento y la creación de empleo en el sector piramidado se hizo a costa del resto del país, con inversiones subsidiadas: dólares baratos, créditos baratos. Ahora que la capacidad de subsidio está en quiebra (a menos que nos subsidie el exterior, que es otra fantasía), ese tipo de empleo se quedó sin futuro.

No tiene por qué ser una tragedia, a menos que se asuma pasivamente, en vez de transformar la crisis en un cambio de actividad. Hay que dejar aquellas actividades que se han vuelto un lujo insostenible, para dedicarse a otras, urgentes y viables. Ya no puede crecer la ocupación que cuesta más de lo que produce en divisas o ahorro. Los empleos con futuro son aquéllos que no requieren mucha inversión ni muchas divisas; que, por el contrario, generan ahorros y divisas.

Las grandes empresas, el gobierno, los grandes sindicatos, las universidades, la ayuda a las inversiones extranjeras, despilfarraron la capacidad de inversión a crédito del país. La piramidación construida sobre insumos y créditos externos para abastecer los mercados internos nunca fue pagable, pero se pudo sostener prorrogando los vencimientos. Su quiebra más aparatosa ha sido en el sector público, porque éste tuvo una capacidad de subsidiar la irrealidad que los grandes grupos privados no tuvieron más que transitoriamente. Pero el fenómeno de fondo no hace distingos entre los sectores público/privado, sino entre los sectores importador/exportador, piramidado/no piramidado.

El empleo que tiene futuro es el exportador y el no piramidado. Hasta en economías más desarrolladas, el empleo está creciendo más en el sector no piramidado: las empresas pequeñas, la producción por cuenta propia, la economía subterránea. Pero el sector piramidado tiene más mundo, lo cual le da ventajas para defenderse, creando empleos exportadores, aunque sean intensivos de capital. Ahí está su salida, porque el empleo sin futuro es el importador piramidado. Este empleo, tragón de divisas y de ahorro, ha sido el sueño de la economía tibetana, pero desembocó en una pesadilla:

1. El gobierno abre la llave de la demanda interna. Aumentan las ventas, la producción, los salarios y utilidades del sector piramidado; pero también sus necesidades de insumos y créditos externos, que no puede pagar porque su balanza es deficitaria. Por otra parte, las nuevas inversiones (suponiendo que sean productivas) son cada vez más voluminosas y tardan cada vez más en producir. En producir físicamente (el ciclo, desde los primeros estudios del proyecto hasta la primera producción vendible, es cada vez más largo). En producir financieramente (los intereses se comen las utilidades). Aunque producen más por hombre (lo cual también quiere decir: generan poco empleo), producen menos valor agregado por millón de pesos invertido. Exigen mucho ahorro: porcentajes elevadísimos del producto nacional, a costa del consumo. Esto las vuelve todavía más difícilmente pagaderas. Hay que amarrarse el cinturón del consumo para "invertir" en elefantes blancos que se tragan todos los ahorros y todas las divisas, porque sus propios ahorros y divisas son insuficientes para crecer (o sobrevivir).

2. Pero si no hay ahorros para tanto, hay que subir las tasas de interés; y si no hay divisas para importar, hay que devaluar; más aún si calentar la demanda interna no deja sobrantes de producción para exportar. Todo lo cual es inflacionario y se estimula mutuamente en una espiral viciosa. A menos que se pueda (mientras se pueda) conseguir ahorro del exterior, a tasas de interés consideradas y en divisas no pagaderas. Este fue el milagro decisivo para "el milagro económico mexicano": conseguir divisas no pagaderas. Pero tarde o temprano hay que pagarlas con exportaciones. Si no se pagan, y la deuda se acumula, y las tasas de interés se vuelven desconsideradas, y escasean los ahorros del exterior, y cunde el pánico, y se desploma la fe en el milagro, la piramidación se tambalea.

3. El gobierno cierra la llave de la demanda. Se reducen las importaciones y la presión sobre el peso. Se reduce la inflación. Pero también se reducen el mercado interno, el empleo, las utilidades y la liquidez de las empresas. Empiezan las quiebras.

4. Ante las presiones laborales, empresariales, bancarias, universitarias, el gobierno vuelve a abrir la llave. Se repite 1, en condiciones cada vez más difíciles.

Claro que, en vez de pasar a 4, es precisamente en 3 cuando puede aprovecharse para romper la espiral viciosa. Una vez producida la contracción de la demanda interna, en 1971, en 1983, la oportunidad estaba en arrancar por otra vía: la demanda externa. Las circunstancias eran favorables, aunque nadie las vio desde las alturas del Tibet. Se prefirió el arranque deficitario, en vez de superavitario.

¿Cómo explicarlo? No por falta de conocimientos económicos. Paradójicamente, la quiebra del país coincide con el ascenso de los economistas a las altas esferas del país. Tampoco por los intereses creados, que son parte de la explicación, pero no toda.

Desde hace siglos, hay en México una minoría ventajosa que hace el negocio del censor: disfrutar de lo prohibido, para salvar a los demás. Son los que hablan inglés, pero se ofenden de que sus criadas quieran estudiar para secretarias bilingües: hijas de la Malinche, prófugas del metátl, que se rajan de su origen para entregarse al Tío Sam. Son los que ven televisión a todas horas, para denunciar la violación de nuestro pueblo inocente. Son los que viajan frecuentemente al extranjero, para tener muy estudiado al enemigo. Los que se asocian con extranjeros, sí: pero con profesores y periodistas que comparten la lucha contra el imperialismo. Los que traen tecnología extranjera, sí: pero en sociedad con el estado. Los que cierran las aduanas a los productos-

importados, para producirlos en México con insumos y equipos importados. Los que van al extranjero a doctorarse en teoría de la dependencia.

Desde hace siglos, en México se hacen fortunas, prestigio, poder, controlando el contacto con el exterior. Una minoría cancerbera ladra contra los lobos del exterior, para asegurar su dominación del interior; para que el gallinero no pueda decir pío; para que todo contacto con el exterior sea negocio exclusivo del monopolio intermediario: los empresarios nacionalistas que importan para que nadie más importe; los políticos nacionalistas que se roban las elecciones para que los agentes de Washington o Moscú no lleguen al poder; los censores de la penetración cultural que se exponen a graves peligros para que nadie más se exponga. Por eso, olvidando sus pleitos, la izquierda cortesana y la derecha cortesana se unen para defender los intereses importadores de la corte, para seguir viviendo de subsidios, para no exponer su mediocridad (empresarial, política, laboral, universitaria) a la comparación internacional.

Pero la explicación resulta insuficiente. El verdadero negocio de las pirámides (públicas, privadas, sindicales) no es importar o exportar: es crecer o, cuando menos, sobrevivir. No tienen por qué casarse con una ocupación sin futuro: pueden convertir en negocio la exportación. En muchos países aprendieron a hacerlo. Si el sector piramidado mexicano dejó pasar las oportunidades de 1971 y 1983, no fue porque le conviniera. Fue porque no las vio.

Y ¿por qué no las vio? Porque, como dijo Keynes, las ideas hechas tienen más fuerza que los intereses creados. En México, la mayor parte de los empresarios, gobernantes, líderes sindicales, profesores universitarios y teóricos de las más distintas tendencias: monetaristas, keynesianos, estructuralistas, marxistas, comparten el modelo tibetano, aunque no estén de acuerdo en todo lo demás. De ahí los más extraños consensos contra el GATT. ¿Cómo entender tamaña unanimidad entre ideologías e intereses en pugna? Por el sustrato común de la mentalidad tibetana.

Los que cuidan la inflación quisieran un recorte de la demanda interna tan prolongado como sea necesario; no quieren devaluar sino a rastras, en vez de actuar como líderes de la oferta al exterior. Los que cuidan el empleo quisieran un minuto de silencio por la crisis, y pasar a otra cosa; no quieren destruir empleos irreales sino a rastras, en vez de actuar como líderes en la creación de empleos productivos: exportadores o no piramidados. Resultado final: ni baja el desempleo, ni baja la inflación, ni se paga la deuda, mientras se acumulan devaluaciones desperdiciadas, paros desperdiciados, arranques desperdiciados, sacrificios desperdiciados.

La escapatoria entre el desempleo y la inflación está en cambiar de empleo: pasar de la ocupación deficitaria en divisas y ahorros a la ocupación superavitaria. La actividad del sector piramidado debe pagarse por sí misma (con dólares y créditos caros) o desaparecer. No debe desperdiciar el trabajo de mexicanos que serían más productivos, con muy poca inversión, fuera del sector piramidado. La ocupación intensiva de capital, con insumos, equipos y créditos externos, que es la típica del sector piramidado, sólo tiene futuro en función de la demanda externa: creando empleos exportadores.●

La vida (a)leve

EL OLVIDADO ARTE DE MIRAR Y ADMIRAR

Tigre

Londres — Tigre en el Zoológico — Admirable bestia, la testa de una gravedad formidable y esa máscara *conocida*, en la que hay algo Mongol, una potencia real, una posibilidad, expresión cerrada de poder — algo que está más allá de la crueldad — una expresión de fatalidad — Testa de amo *absoluto* en reposo — Hastiado, formidable, cargado — *Imposible ser más idealmente tigre.*

Pero este animal admirable cruza y descruza los brazos; se ve, de tiempo en tiempo, girar ligeramente a los músculos bajo el traje amarillo jaspeado de negro — La cola vive. — ¿Tienen conciencia de esos movimientos ajenos? — Este animal da la impresión de un gran imperio.

La "crepitación" de los reflejos locales. — Buscar descifrar esa vida interior contenida.

No puedo demorarme y estudiar mucho tiempo esta bestia — el más bello tigre que he visto —

Pienso en la "literatura" posible sobre este tema... En las imágenes que habría que buscar, y que no buscaré. Buscaría poseerlo en su estado de vida y de forma móvil, deformable por el acto, antes que tratarlo por la escritura.

Movimiento pendular de los leonados a lo largo de las rejas en que sus estrías rozan los barrotes.

Abre el hocico. *Bostezo* — Presencia y ausencia del alma del tigre, que espera eternamente el acontecimiento.

El mismo

La enorme fiera está echada cuan larga es contra los barrotes de su jaula. Su inmovilidad me fija. Su belleza me cristaliza. Caigo en una ensoñación ante esta persona animal impenetrable. Compongo en mi espíritu las fuerzas y las formas de este magnífico señor al que un traje tan noble y tan suelto envuelve.

Pone en lo que ve una mirada sin curiosidad. Trato ingenuamente de leer atributos humanos en su jeta admirable. Me atengo a la expresión de superioridad cerrada, de poderío y de ausencia, que encuentro en esta cara de amo absoluto, extrañamente velada, y ornada con un encaje muy desligado de arabescos negros muy elegantes, como pintados sobre la máscara de polvo dorado.

Nada de ferocidad: algo más formidable, —no sé qué certidumbre de ser fatal.

¡Qué plenitud, qué egotismo sin falta, qué aislamiento soberano! La eminencia de todo lo que vale está con él. Este ser me hace soñar vagamente con un gran imperio.

No es posible ser más sí mismo, estar más exactamente armado, dotado, cargado, instruido con todo lo necesario para ser perfectamente tigre. No pueden venirle antojo ni tentación que no encuentren en él sus medios más prontos.

Le doy esta divisa: ¡SIN FRASES!

Paul Valéry, Melange, 1939

Traducción de Aurelio Asiain

En nuestro número anterior, Eliot Weinberger hizo el recuento de algunos tigres de papel. Publicamos ahora un tigre francés y, en la página 23, *como por arte de magia*, un artificio admirable de España que también gusta de herir nuestra carne.